



Erasmo Zarzuela

CALLAR

Callar no es un suplicio. Callar y no decir nada, es sentir el sabor de quedarse solos...
¿Estamos solos?
Vaciamos los recuerdos, para llenarnos de otras voces, para perdernos en los otros...
¿Nos hemos perdido solos?
Y somos impenetrables, mas, estamos incluidos en la pulsación de este ser que nos cuelga...
¿Qué nos separa de la muerte?
Y desparramamos palabras, en el horizonte de pájaros que cantan nuestra soledad...
¿Se ha extraviado nuestra voz?
Errantes somos ... ¡Error fortísal!
Tal vez callamos lo mágico, y así es la forma de nacer, contemplando el desierto que hace de nuestro silencio: Sagrado ... que hace de todo lo que es y no es, el fondo del universo
¿Acaso hemos nacido solos?

JULIA GUADALUPE GARCIA ORTEGA. Oruro



el duende
director: luis urquela m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telef. 54855 - 76816
e-mail: orueduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

PUREZA AL ANOCHECER

El vaivén de los brillantes de las luces, entre los árboles por el crepúsculo, moja su herida rítmica y despaciosamente en el pensamiento del solitario, que pasea al borde de las aguas. Nadie creería que en la palidez donde sombras oscuras estremecen el destello de una dulce estrella, que parpadea como la luz fluorescente en una ventana de rascacielo, las brisas agitasen un leve despabilar a voces sobre las ruinas de extramuros

Es una magia nacida entre los rescoldos áureos del despertar, cuando todo frescor es una levedad que nos descompone los sueños interiores. Escuchados en una cámara azul todos los árboles meditan su tiempo de novela, mientras los jinetes en las calles, ponen no sé qué vaga distinción en esta semejanza con el amanecer. El ruiseñor inesperado, afronta un quimérico país, entre luces que arden por la ciudad. La vieja usura se recata para no evidenciar los tesoros a los ciegos peatones de las esquinas.

Y todos pueden palpar en el aire inmóvil y apacible, esa marea quieta y eléctrica, amarilla, por las colinas, debajo de los techos livianos de las estrellas y del pensamiento subhumano de los hombres, que flota como una niebla verde y desentumecida, sobre lo tranquilo, que siempre es el filo de un muro o la vetustez eterna de un edificio endeble y callado en la noche.

En el viejo paseo, los cisnes parpadean chamuscándose de tedio con la proximidad de los gansos. Y el hombre piensa que son sus semejantes los que en las iluminadas aguas hacia el anochecer, se rascan con el pico su pluma grasa y elegante.

Hombre: cochero en asueto, adorador incógnito de una sirviente bizca, ¡qué poco cae sobre tus solapas de buitre de compañía de pompas fúnebres, la calidad vitral, como un dulce excremento, de los ardidos ojos de la noche!

Al anochecer se levantan sobre la quietud alivianada y encendida, de hoguera artificial que es la ciudad, el polvo acre de los edificios demolidos y la lujuria sonnolienta de la muchachas de vestidos translúcidos en la luz de las cinco de la tarde.

La catedral da ocho toques en este momento cautivo sobre la alondra del verano. Alguien suena sobre la ventana que da sobre la ciudad y su quietud redime un girar que se enciende y se apaga en la cúspide de un restaurante de lujo.

*Sergio Suárez Figueroa (1924-1968)
Lúcido y prolífico escritor uruguayo,
pero cuya obra es netamente boliviana.*